

## **PREMIO PRÍNCIPE DE VIANA DE LA CULTURA**

**Olite, 19 de septiembre de 2020**

Autoridades, familiares, amigos,

*Agradecimientos: a mi Comunidad.*

*A los miembros del Ateneo Navarro*

*Al Consejo Navarro de Cultura.*

*A mis amigos, y a todos quienes han apoyado mi candidatura.*

*A mis padres, A mis hermanos, A mis hijos, María y Xosé, y al niño que hoy no ha*

*Y sobre todo, a Juana, inseparable compañera y amiga,*

*También me gustaría dedicar este premio a los fotógrafos y fotógrafas de todo signo, de esta comunidad nuestra, porque sé, como ellos, lo que es luchar todos los días en este mundo tan complejo y tan apasionante, tan duro y tan maravilloso, tan mezquino en ocasiones y tan generoso en otras, de la imagen fotográfica.*

En las diversas entrevistas que me han hecho a raíz de la concesión de este premio que hoy nos une aquí, ha habido una pregunta terrible y temible que se ha repetido. “¿Qué es la fotografía para ti?”. Como quiera que la pregunta no es nueva, tengo ya tipificada una contestación desde hace años: “Es una forma de vida”. Esta mi respuesta suele ir seguida de una expresión de desencanto en mi interlocutor, no sé si porque la respuesta parece escasa o excesiva.

Tal vez para mí es tan temible la pregunta porque, en mi fuero interno, la desvío ligeramente, transformándola en otra: “¿qué es para ti ser fotógrafo?”. Y mi contestación, “una forma de vida”, parece una salida elusiva. Es evidente que no hay una sola respuesta a la pregunta, porque no hay una sola forma de ser fotógrafo. Quizás la respuesta debería partir, pienso, de la idea del fotógrafo como creador. Eso sí, como en el Génesis, para la creación hace falta un mundo, o mejor aún, un universo.

Alguien dijo que “un fotógrafo es una persona que tiene que demostrar permanentemente que su universo existe”. Sin universo no hay creación. Ser fotógrafo es descubrir y construir ese universo (propio), y hacer luz sobre él y desde él. Esto es, descubrir, hacer, revelar, que son los verbos del fotógrafo.

Sí. Todo artista tiene que demostrar que su universo existe. Cuando ese artista, además, es fotógrafo, ha de vérselas con un medio que tiende a despersonalizar el resultado, que parece negar ese universo personal. Las modernas cámaras fotográficas a la vez facilitan y obstaculizan lo que el fotógrafo pueda tener de distintivo, absorbiendo esa posible singularidad en sus programas.

A propósito del universo del artista, Jean Dubuffet, escribió algo revelador: “Un artista no es otra cosa que un hombre que crea un universo paralelo (propio) porque teme que le inflijan otro (universo) impuesto”. La formación de ese universo personal es una de las cuestiones más apasionantes en el mundo de la creación, por su complejidad y por su mucho de misterio, lo que no impide que seamos dados todos a encontrar “la” explicación con sospechosa facilidad. Y aquí incluyo, a veces, al propio artista.

En 1972, tomé la decisión de comprar mi primera cámara seria durante los “Encuentros” de Pamplona en ese año, donde, por cierto, la fotografía fue la gran olvidada. Mis conocimientos fotográficos se reducían a las elementales cuestiones químicas que mi padre me enseñó cuando era un niño. Las influencias que pude recibir en aquel país predemocrático iban de la estética trasnochada de salones y

concursos al reportaje tradicional de una España negra, o al menos muy oscura. En el plano internacional, podía elegir entre los paisajes sublimados de Ansel Adams y las *"Images à la sauvette"* de Cartier-Bresson. Otras posibilidades estaban aún, aquí, en la incubadora.

Poco a poco, fui siendo consciente de que era mejor abandonar ese universo que me venía dado, impuesto, de paisajes de calendario y momentos decisivos. Yo quería que mi mundo fotográfico estuviese en otra parte, y que se pareciese mucho más al mundo de la poesía íntima que al del relato social. Así que empecé a buscar donde otros no querían: frente al centro, las afueras, frente a la fachada, la pared trasera, frente al esplendoroso bodegón de flores, la planta polvorienta olvidada en un rincón. Frente a la milésima de segundo, la mirada lenta, sosegada, cargada de tiempo. No inventé nada, solo hice mi elección.

Se dice que la poesía va implícita en el mismo acto fotográfico, que esa captura de lugares y de instantes ya es en sí misma poética. Así lo creo. Pero creo también que eso sirve de poco si no hay una voluntad inequívoca, apasionada que, como en todo proceso creativo, como en toda poiesis, desde el deseo de poetizar, permita convertir en imagen lo que aún no lo es, y permita que haya algo más que lo que es solo simple imagen.

Voluntad apasionada. ¿Qué sentido tiene cualquier búsqueda artística si no está alimentada por la pasión? Sin pasión no hay cultura, sin pasión no hay arte. Cualquier artista tiene que estar tocado por el pathos. Si ese punto no se alcanza, podremos hablar a lo sumo de fotografía aplicada, de una profesión. Yo no quiero que mi obra fotográfica sea solo el quehacer de un profesional, ni siquiera el de un excelente profesional. Acepto lo que hay de "patético" en la certeza de que nunca alcanzaré la imagen deseada de algo.

Asumo que estoy condenado a seguir intentándolo una y otra vez. Desde las convicciones que he ido "tallando", si me admiten el verbo, a lo largo de los años. Un escritor no lo es porque ordene palabras con habilidad. Alguien que hace fotografía no es alguien que lleve al papel colores y tonos bonitos o bien dispuestos. *"Si no hay interés metafísico, no hay imagen"*, escribe Régis Debray. Lo que parece una verdad tan elemental es algo que olvidamos a menudo.

Mi fotografía quiere establecer un diálogo, o mejor, un soliloquio con la historia del medio fotográfico. No hay ideas que salgan de la nada. Todo nace de algo. Pero siendo esa conversación con la historia del medio muy importante, aún lo es más la que uno debe mantener con su propia obra.

Es algo que se hace más y más evidente con el paso de los años. Escribe Josef Koudelka que *"ser fotógrafo es un trabajo largo y lento. No se trata solo de tomar imágenes, sino sobre todo de organizarlas, de pensar en ellas"*, es decir, añadiría yo, de concederles tiempo. En el cristal de la ventana de mi estudio, hace años que escribí, parafraseando a Slavoj Zizek, una pregunta que siempre me acompaña: *¿Qué quieren mis fotografías de mí?*

Las fotografías que uno ha visto, las fotografías que uno ha hecho determinan las que hará en el futuro. Me gustaría que las mías reflejasen una honesta y pausada relación con lo que me rodea, con mi universo. *"La fotografía, dijo John Berger es una extraña invención, porque sus materias primas son la luz y el tiempo"*. Creo que esa observación no termina en el momento de la toma. Esos objetos, papeles, que llamamos fotografías, nos continúan pidiendo más que nunca, luz y tiempo. Sin luz no son. Sin tiempo no tienen razón de ser.

Es algo que en esta hora del aparente éxito social de la fotografía, debiéramos tener presente. Manejamos un medio muy poderoso, y me pregunto a menudo si, como fotógrafo, soy consciente de ese poder. El neurocientífico David Eagleman ha escrito que todos tendremos tres muertes: la primera,

cuando nuestro cuerpo deje de funcionar, la segunda cuando sea consignado a la tumba, la tercera, en algún momento del futuro, en la última ocasión en que se pronuncie nuestro nombre. Así, mi tiempo como creador terminará cuando la última fotografía que quede de mi trabajo sea vista por alguien por última vez. Eso anuda mi compromiso con lo hecho y lo por hacer definitivamente.

Pero eso es también, socialmente considerado, en una comunidad como la nuestra, donde hubo siempre excelentes fotógrafos, lo que nos hace deudores de quienes nos precedieron en esta actividad, de quienes nos acompañaron un buen trecho, aunque ya no estén, y sobre todo de quienes vendrán. En el interés o el desinterés por el pensamiento visual, más allá de las buenas palabras políticas, definiremos dónde vamos a situarnos en una civilización de la imagen que ya está aquí. Con nuestros poderes públicos a la cabeza, la responsabilidad es nuestra, solo nuestra. La oportunidad, también.

Quiero terminar, sin dramatismo, que para mí hacer fotografías es una de las mejores expresiones de la alegría de vivir. Recorrer caminos y lugares en los que siento que "soy". Intentar poetizar la experiencia humilde y a menudo chata, vulgar, de las cosas y de los momentos. Llevarme de cada escenario y de cada instante aquello que prefiero conservar, no necesariamente lo más bello. Lugares y tiempos que activarán mi memoria y mis sentimientos y, quién sabe, con suerte, tal vez otras memorias y otros sentimientos. *¿No es una cosa maravillosa la fotografía, si se piensa en ello?*, hace preguntar James Joyce a uno de sus personajes. Ser fotógrafo consiste en rescatar del olvido y conservar trocitos de lugares y pedacitos de tiempo atravesados por uno mismo. Un pálido reflejo, ya sé, pero reflejo al fin de la propia existencia, si me lo permiten, reflejo también de un universo propio.